



## En Playa Ancha

Valparaíso, 18 de Setiembre.

El calor achicharra. A pesar del aspecto alegre i pintoresco que presenta el pueblo con las paredes pintadas al fresco,—quiero decir con la pintura fresca todavía,—con las banderas tri o bicolores desplegadas a todo viento i con la bahía poblada de naves, donde se destaca El *San Martín*, todo blanco, como una mínima en medio de una constelacion de semínimas, nadie aguanta en la calle, ni en la casa: todo el mundo se ha largado fuera.

No se ve por ahí mas que la figura poco romántica del paco de servicio que se derrite al sol junto con el asfalto de la acera, metidas las pantorrillas en esas polainas que parecen despojos de la guerra anglo-boer, i las manos en esos guantes blancos que les impide cazar ratones...

A Viña del Mar! han dicho algunos. Otros, a Quilpué, a Limache, a Quillota, a Santiago mismo como los delegados al gran Congreso Obrero. Pero la mayor parte se ha ido a Playa Ancha. Este es el gran ventilador de la ciudad, pudiéramos decir su traje dominguero.

No sabemos lo que tendrá la capital para sus días de fiesta; pero nosotros tenemos este sitio encantado, al cual, como no suele suceder, le calza perfectamente el nombre que le han puesto. Es una ancha playa, completamente trillada i decorada por laboriosas manos nacionales i extranjeras.

\* \* \*

Con la perspectiva de una tarde bien gozada, el pueblo se ha olvidado de muchos sucesos sin suceso, como la varadura del *Inca* que costará a la P. S. N. C. no ménos de veinte mil libras esterlinas, o la recepcion de nuestros huéspedes de tabique por medio cuya nota cómica ha sido sin duda el tortillazo arrojado por un negrito peruano a la cabeza del ilustre jeneral Campos...

Nosotros tambien nos olvidamos de todo eso, acometidos por una súbita nostalgia del terruño. Ante el estruendo de las fiestas patrias—cañonazos, banquetes, discursos, derroche de bebidas i frases fermentadas,—pensamos en esos lejanos dieciochos de la aldea, llenos de mineros enamorados, *payadores* o bailarines, o de guasos bien montados que sacan las raya topeando en las varas de gomero... Aquí se trabajan otras minas, es cierto; i no hai mas guasos que los postillones de los carros urbanos.

\* \* \*

Seguimos, pues, la corriente i nos vamos a Playa Ancha. Es cosa fácil. Un carrito, o el ascensor, i en una cuarto de hora estamos en pleno Parque, bajo un amplio toldo de ramajes; o bien en la márjen, oyendo el estrépito de los tumbos que rompen en las rocas i respirando a todo pulmon ese aire oceánico cargado de yodos i bromuros.

Las impresiones se suceden en una continuidad de cinematógrafo. Es un cuadro abirragado; pero vivo i pintoresco por su misma risueña policromía de estacion. Aquí al rededor de un mantel blanco i de un cesto que deja asomar indiscretamente un ala de pavo o un gollete de botella, hai un grupo de hombres i mujeres que charlan mientras llega el apetito. Encima de ellos, clavado en una rama, el eterno rótulo blanco, dice: «Se prohíbe arrancar flores o ganchos bajo multa de cinco pesos»; pero una mano picaresca ha agregado un arco a la última P i convertido los pesos en *besos*.

Léjos, en la elipse rasa i lampiña como una cara de gringo, un par de *elevens* juegan furiosamente; i mas acá, de trecho en trecho, vense grupos aislados que pasan, hablando en voz alta, echando carreras, i entre los cuales bien puede distinguirse al italiano de la esquina o al español del frente...

Allá, en la hilera de casas pintarrajeadas i disparejas, especie de chalets o de hotelitos rústicos, que ostentan letreros tan llamativos como «La Sirena» o «La Flor del Parque», parece que se sienten flotar vahos de empanadas frescas i de vinos añejos. En la puerta un negro yanqui,—sin zapatos pero con pipa,—maltrata la *Bohème* en un organillo que se cae de borracho. ¡Si lo supiera Puccini!

De pronto, un traqueteo, una nube de polvo áureo i lijero. Es un landó que pasa, desbordando primavera: calor en el traje, juventud en la carne, música en la voz, perfume, alegría amor en todo...

Por fin, la nota nacional i genuina; el vendedor ambulante que pregon a sus tortas almibaradas, sus pasteles calientes, sus naranjas dulces o sus nisperos indijestos; el fotógrafo instantáneo que cae de bruces por mirar demasiado el lente; el pillastre que pasa con el sombrero al ojo i las manos en los bolsillos; i aquí i allá, derramando su bullicio sano i lejítimo, las ramadas de chilca i arrayan recién construidas, por donde pasa con su familia el obrero hábil i sesudo que tiene un

par de bonos en la Caja de Ahorros i un par de chicos en la casa, i en donde el robusto roto del malecon o de la Aduana deja el último cobre que acaban de pagarle...

El gran dia se va yendo. Se oyen a lo léjos todavía los triturados acordes de Puccini que tanto parecen entusiasmar al híbrido músico; i mas cerca, brincan en el aire las notas de una cueca que arpa i guitarra dúan a compas en las ramadas. Una voz chillona canta el eterno amor desengañado, un roto hace la rueda, dos manos golpean en el tañedor de hojalata, i en la vaga claridad de la tarde parece como que se mueven las letras contrahechas de la célebre portada: «Aquí está Silva, el amigo de los amigos»...

JOHN PENCIL